

El gran desajuste

Luis Rubio

A la memoria de Adolfo Sánchez Rebolledo.

Charles Dickens, el gran autor británico que relató la enorme dislocación y empobrecimiento que representó la revolución industrial, comienza Historia de dos ciudades con su extraordinaria perspicacia: “Fue el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y también de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas. La primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo teníamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derecho al cielo, y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, sólo es aceptable la comparación en grado superlativo”. La historia se repite.

El gran tema del mundo en los últimos lustros es, nuevamente, el gran desajuste: la realidad avanza mucho más rápido que la capacidad de los gobiernos y las instituciones de adecuarse. La tecnología provoca grandes cambios en la economía y las familias, dislocando empresas, fuentes de trabajo y modos de producir, consumir y vivir. Así como la revolución industrial destruyó millones de empleos agrícolas, la revolución digital está alterando el statu quo en todos los frentes. Quien visitó al-

guna fábrica hace tres o cuatro décadas y lo vuelve a hacer en estos días notará una obviedad: la producción crece exponencialmente pero no así los empleos. Hace medio siglo se requerían dos trabajadores por telar; hoy un solo empleado, manejando una computadora, es responsable de hasta diez mil telares. El impacto social es evidente.

Pero la dislocación digital es infinitamente más compleja que la experimentada hace dos siglos porque, aunque desplazó muchos empleos agrícolas con la incorporación de maquinaria en el campo, el tipo de actividad no cambió radicalmente: en ambos casos, en el campo y en la industria, los empleos requerían habilidades manuales para trabajar las líneas de producción. En contraste, el trabajador promedio de una línea de producción industrial no tiene las características que requiere la era digital, donde se requieren habilidades intelectuales producto, en buena medida, del proceso educativo.

Dos cosas resaltan de observar la evolución de la industria automotriz en el país, quizá la más avanzada del sector industrial. Por un lado, la habilidad que han tenido los trabajadores para remontar las deficiencias del sistema educativo con que llegaron: cursos de entrenamiento y la enorme capacidad de adaptación que es típica del trabajador mexicano han permitido elevar la productividad y competir exitosamente con el exterior. Por otro la-

Dos cosas resaltan de observar la evolución de la industria automotriz en el país, quizá la más avanzada del sector industrial. Por un lado, la habilidad que han tenido los trabajadores para remontar las deficiencias del sistema educativo con que llegaron: cursos de entrenamiento y la enorme capacidad de adaptación que es típica del trabajador mexicano han permitido elevar la productividad y competir exitosamente con el exterior. Por otro lado, los procesos industriales que se localizan en el país siguen siendo, bajo comparaciones internacionales, relativamente simples. Es decir, el sistema educativo constituye un enorme impedimento a la incorporación de los sistemas productivos más avanzados del mundo, esos que vienen acompañados de los mejores empleos, los que más pagan.

La disfuncionalidad del sistema educativo es sólo un síntoma del problema más amplio que padece el mundo: no hay país, por desarrollado que sea, que no esté experimentando el mismo tipo de desajuste. La manifestación política de este fenómeno es evidente en el fortalecimiento de la extrema derecha francesa, el ascenso del populismo estadounidense en la figura de Trump e, incluso, en

el atractivo electoral que, en su momento, representaron figuras como Chávez en Venezuela y los Kirchner en Argentina. Quienes se sienten atosigados por el ritmo de cambio, muchos de quienes han perdido empleos o viven con sueldos miserables, son carne de cañón propicia para estos movimientos. El mismo fenómeno ocurrió al inicio de la revolución industrial y no cesó sino décadas después, cuando la sociedad y sus instituciones lograron adecuarse a las nuevas realidades y sumarse a la nueva era económica. No hay razón para pensar que esta vez será diferente, pero eso implica décadas de dislocación, con las consecuencias que eso entraña.

Hoy en día existen mecanismos de ajuste (seguridad social, afores, pensiones, programas co-

mo Prospera) que permiten atenuar los costos más evidentes de estos desajustes, pero el fenómeno político no es distinto. Es decir, quizá los estragos humanos sean menos extremos, pero los impactos políticos sin duda lo serán. Las personas que pierden sus empleos, que no encuentran empleo o que tienen empleos improductivos, inevitablemente se suman a las filas de los frustrados que animan las soluciones populistas. Si a esto agregamos lo que inexorablemente tendrá que venir, la reestructuración de monstruos como Pemex, la dislocación política será enorme porque ahí no sólo se perderán empleos, sino que los perderán grupos sociales y sindicatos que por décadas han sido intocables y desarrollaron toda una cultura militante y agresiva. Las reverberaciones de la quiebra de Luz y Fuerza en la figura del SME habrá sido juego de niños comparado con lo que podría venir de Pemex.

México está particularmente mal pertrechado para enfrentar el desajuste que viene. Tenemos instituciones débiles, un sistema de gobierno que ya de por sí era incapaz de lidiar con los retos de la era industrial y un gobierno ausente. Al mismo tiempo, ésta podría ser una gran oportunidad para transformar el sistema de gobierno y saltar dos etapas de un trancazo. El símbolo chino para crisis incorpora tanto peligro como oportunidad. La pregunta es cuál será nuestra preferencia.

@lrubiof

Sistema penitenciario mexicano marcado por masacres y fugas

Jesús Cantú

El asesinato de 49 reos en el penal del Topo Chico, en Monterrey, N.L. el pasado miércoles 10 de febrero, es únicamente una muestra más de la grave crisis que vive el sistema carcelario mexicano, ante la complacencia de las más altas autoridades mexicanas, que en lugar de buscar soluciones de fondo a la crisis se limitan a implementar remedios inmediatos y encarcelar a funcionarios menores.

Del 2008 a la fecha se pueden contabilizar, al menos, 9 matanzas y 5 fugas masivas en los penales mexicanos. Sin pretender ser exhaustivo (tomando como guía una recopilación realizada por el portal circulojornal) destacan entre las masacres: el motín en la cárcel de Tijuana, Baja California, el 17 de septiembre de 2008, con saldo de 19 muertos; el enfrentamiento por el control del penal en Reynosa, Tamaulipas, el 20 de octubre del mismo año, que dejó 21 muertos; la riña entre pandillas en el penal de Ciudad Juárez, Chihuahua, el 4 de marzo de 2009, que provocó la muerte de 20 personas; el 14 de julio de 2010, en el penal de Mazatlán, Sinaloa, el asesinato de 29 reos; la riña entre reos el 2 de noviembre del 2011, que dejó como saldo 11 muertos en el Penal de Durango; el asesinato de 44 reos, el 19 de febrero del 2012, en el Penal de Apodaca, Nuevo León, para facilitar la fuga de 30 presuntos integrantes del cártel de Los Zetas; el 27 de abril del 2013, el asesinato de 13 personas en el penal de La Pila, en San Luis Potosí; y esta última.

Y entre las fugas: en marzo del 2010, escaparon 41 presos del penal de Matamoros, Tamaulipas; el 18 de septiembre de 2010, se fugaron 141 reos del penal de Nuevo Laredo, Tamaulipas; ese mismo mes se escaparon 86 internos del penal de Reynosa, Tamaulipas; el 16 de julio de 2011, otra fuga de 41 reos del mismo penal; y el 17 de septiembre de 2012, la fuga de 129 reos del Penal de Piedras Negras, Coahuila.

En todos los casos la reacción de la autoridad es idéntica: de inmediato interviene las fuerzas federales; arraigo o detención de la máxima autoridad del centro penitenciario; arraigo o detención de custodios; destitución de los directores del sistema penitenciario estatal y, eventualmente, su arraigo o detención; traslado de reos federales a otras cárceles; y las declaraciones de las altas autoridades estatales (gobernador, procurador, secretario de seguridad) de que estaban al tanto de la grave situación que se vivía al interior del reclusorio, pero carecían de recursos para resolver dicha problemática.

En los días posteriores empiezan a difundirse evidencias que revelan el autogobierno, la falta absoluta de control por parte de las autoridades responsables y, en algunos casos, la colusión de custodios e incluso altas autoridades.

En esta última masacre, casi como receta de cocina, se han repetido todos estos pasos; pero además había advertencias previas, que lo hacían más previsible: desde las reuniones de transición del gobierno, los funcionarios públicos salientes advirtieron

En los días posteriores empiezan a difundirse evidencias que revelan el autogobierno, la falta absoluta de control por parte de las autoridades responsables y, en algunos casos, la colusión de custodios e incluso altas autoridades.

al hoy procurador, Roberto Flores Treviño, que había una sobrepoblación del 40% en los penales estatales y la carencia de suficientes custodios.

En septiembre de 2015 (un mes antes de que el actual gobernador tomara posesión), la CNDH dio a conocer el Diagnóstico Nacional de Supervisión Penitenciaria 2014, donde advertía sobre los riesgos en el Penal del Topo Chico, pues en el mismo se afirmaba que había 4,585 internos, cuando el penal tenía capacidad para 3 mil 635. La evaluación general del penal del Topo Chico, en una escala de 0 a 10, fue de 5.72 y, particularmente, destacaba la baja calificación en gobernabilidad, con 4.44 y el riesgo para la integridad física de los reos, con 4.74. Nuevo León fue la cuarta entidad peor evaluada del país, en materia de sistema carcelario, con promedio de 5.2, es decir, la situación en los otros dos centros (Apodaca y Cadereyta) debe ser peor ya que el promedio es inferior a la calificación del de Topo Chico.

Y, desde luego, hay 2 datos que revelan el caos prevaleciente en el penal: uno, el que la riña se haya desarrollado en los patios a partir de las 11:30 de la noche, cuando los reos debían estar en sus celdas; y otro verdaderamente insólito: no se tiene ningún registro de cuatro de los 49 masacrados, lo cual implica que en el interior del Penal estaban personas que nada tenían que hacer en el inmueble a esas horas.

El gobernador Jaime Rodríguez, declaró al periódico El Norte, que sabía que era una bomba de tiempo, pero que no contaba con recursos suficientes para desactivarla, sin embargo, las evidencias dejan claro que el problema no era únicamente de falta de recursos, sino de la violación flagrante de protocolos mínimos de seguridad y esto no sólo es responsabilidad de la directora del penal y el Comisario de Administración Penitenciaria (ambos ya consignados como responsables materiales del homicidio masivo), pues sus superiores debieron estar al tanto de estas prácticas y si no estaban, también tienen responsabilidad ya sea por complicidad o por incapacidad.

Y el problema de la mala operación de los penales estatales no se superará únicamente con la construcción de un nuevo penal, como ya anunció, la disminución de la sobrepoblación y la contratación de más custodios, requiere la atención de las causas estructurales, en las que hay que incluir algunas otras que no están tan directamente vinculadas al factor económico.

La Iglesia y la libertad

Enrique Krauze

“El poder tiende a corromper, el poder absoluto corrompe absolutamente”.

Lord Acton

Hoy que México ha abierto un paréntesis de alegría y esperanza para recibir al Papa Francisco, importa recordar el legado de Lord Acton. Historiador y conciencia crítica de su tiempo, vivió desgarrado entre sus dos identidades -el catolicismo y el liberalismo- que asumía con igual profundidad, pasión y compromiso. Sus predicamentos no son ajenos a nuestro tiempo.

Hijo de un barón inglés y una dama de la nobleza alemana, John E. E. Dalberg-Acton (1834-1902) no fue admitido en Cambridge por motivo de su religión. Se formó en Múnich con el teólogo Ignaz von Döllinger, quien lo inspiró a escribir una ambiciosa historia de la libertad. Políglota, viajero, diplomático, bibliófilo, erudito, miembro del Parlamento, amigo y consejero áulico de Gladstone (el más liberal de los primeros ministros británicos), entre 1859 y 1872 editó en Londres importantes revistas de pensamiento católico liberal. Nada en este recuento sugiere heterodoxia alguna, salvo su circunstancia: la batalla liberal de Acton fue el contrapunto directo al papado más ortodoxo y antiliberal del Siglo XIX: el de Pío IX.

El largo pontificado de Pío IX (1846 a 1878) comenzó con una franca apertura a las corrientes liberales, pero las revoluciones de 1848 (que revivieron las furias jacobinas de la Revolución francesa y Napoleón) lo llevaron a un repliegue de sus posiciones doctrinales y políticas. En 1864, la encíclica Quanta cura se acompañó con un Syllabus de ochenta “errores”, el último de los cuales era pretender que “el Romano Pontífice pueda y deba reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización”. En 1870 el Concilio Vaticano I decretó el dogma de la Infalibilidad del Papa.

Algunos creemos que el liberalismo (la vocación de limitar el poder, la defensa de la conciencia individual, el derecho y la tolerancia) es hijo de la modernidad y que sus padres fundadores fueron Spinoza, Locke, Constant, Burke, Stuart Mill. Para Acton el liberalismo (o al menos el valor supremo de la libertad individual) proviene del medioevo cristiano: “Desde San Atanasio a San Ambrosio hasta Erasmo y Moro -apuntó en ‘Libertad en el cristianismo’- cada etapa escuchó la protesta de un hombre honrado en defensa de la libertad de conciencia”. Acton veneraba el legado de la Carta Magna inglesa, la obra de Marsilio de Padua (crítico de la teocracia, precursor de la tolerancia religiosa), el derecho a la insurrección contra el tirano y el Habeas Corpus. La voluntad de acotar el poder de los monarcas -explícitamente fue religiosa: “en 1246 el Papa Inocencio IV declaró su perplejidad ante una nación que toleraba en silencio el poder tiránico del rey”.

Acton abominaba lo que sobrevino después: las alianzas de monarcas y prelados características del Renacimiento y sus avatares en los siglos siguientes. “Se cometían hechos atroces en los que la pasión religiosa era el instrumento de las pasiones políticas”. Sin renunciar un ápice a su fe católica (aunque hubo intentos de excomulgarlo), Acton justificó las objeciones de Lutero, re-

Algunos creemos que el liberalismo (la vocación de limitar el poder, la defensa de la conciencia individual, el derecho y la tolerancia) es hijo de la modernidad y que sus padres fundadores fueron Spinoza, Locke, Constant, Burke, Stuart Mill. Para Acton el liberalismo (o al menos el valor supremo de la libertad individual) proviene del medioevo cristiano: “Desde San Atanasio a San Ambrosio hasta Erasmo y Moro -apuntó en ‘Libertad en el cristianismo’- cada etapa escuchó la protesta de un hombre honrado en defensa de la libertad de conciencia”.

pudió la Inquisición y lamentó la persecución de la Iglesia a la libre investigación científica y la crítica histórica. Por largos meses cabildeó en Roma contra la proclama de Infalibilidad. Su lucha fue infructuosa pero trascendente.

En 1868, Acton escribió un texto sobre México donde hizo la crítica del poder terrenal de la Iglesia y mostró comprensión ante la Reforma (obra, por cierto, de católicos liberales). Su famosa frase sobre el poder y la corrupción se refiere también a los Papas.

Han pasado casi 150 años desde aquellos hechos. La Iglesia ha impulsado cambios formidables en el ámbito de la justicia social, sobre todo en los papados de León XIII y Juan XXIII. Pero fue cómplice del totalitarismo hitleriano. En términos políticos, sólo Juan Pablo II se ajusta al legado católico liberal que predicaba Lord Acton: su defensa de la libertad individual y política fue un factor clave en la derrota del totalitarismo soviético. Y sin embargo, fue antiliberal en temas como la prohibición del aborto y el uso de anticonceptivos.

El popular Papa Francisco ha dado un aire de apertura a su pontificado pero no es liberal. Admirablemente, ha seguido la senda de la justicia social predicada por sus grandes predecesores y ha alzado la voz en el Capitolio americano contra la avaricia del mercado. Pero ha guardado silencio ante las tiranías de su propio continente: la dictadura cubana -la más antigua del continente- y el despótico gobierno venezolano, que inflige a su pueblo una tragedia humanitaria. Un Papa que cree en la libertad cristiana (de cada individuo, de cada conciencia, de cada alma) debería, en menos criticar a esos regímenes.

Por fortuna, en su valiente mensaje mexicano se escuchó un eco inconfundible de Lord Acton: tanto en la vida política como en la eclesial, “el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente”.

www.enriquekrauze.com.mx